



TRES MUERTES EN ESTAMBUL

FRANCISCO GRANADO CASTRO

Tres muertes en Estambul

Francisco Manuel Granado Castro

Índice

- 1 El velero del amanecer
- 2 Los galantes suicidas
- 3 Cena en palacio
- 4 Las fronteras de lo imposible
- 5 De calabozos...
- 6 ...Y guardianes
- 7 Café Estambul
- 8 Cartas desde el infierno
- 9 La ley del terror
- 10 Encuentro y desencuentro

11 Enemigos y amantes

12 Interior masculino

13 Con alcohol y penumbra

14 La chica de la carta

15 El mar es un camino

16 La orquesta silenciosa

17 Oficiales sin caballeros

18 Paisaje para el crimen

19 Patriotismo al contado

20 Seguir una sombra

21 Mal aviso

22 Los tesoros que el mar encubre

23 La caída del capitán

24 El beso y la espada

25 El cielo de Odessa

26 Acróstico melancólico

27 La orquesta menguante

28 Los desaparecidos

29 Anatomía de la venganza

30 El corazón se apaga

1

El velero del amanecer

Nadie vio llegar a David Alaya al puerto. Para los espías que infestaban Estambul fue irrelevante su aparición. Sólo el profesor Kosmider lo anotó en su diario como una visión insólita.

Ya se había apagado el candil de la puerta, un farolillo turquesa que oscilaba al socaire de la brisa marina, cuando el profesor Kosmider salió del Harén Azul. Un último fumador de narguile descendía la cuesta, buscando apoyo en las engañosas paredes.

Adilé, la bonita chica que Kosmider prefería por sus ojos de cervatillo, siempre rehusaba besarle, y el profesor sintió el rescoldo de su perfume de jazmín como un agravio. Siempre que acudía al Harén Azul, escogía a Adilé, elogiaba su pelo o su vestido, le abría la puerta de la habitación, la ayudaba a deshacer la cama, le regalaba baratijas demasiado caras para sus bolsillos, pero no lograba evitar que ella torciera el gesto. Sus labios dibujaban una mueca que él interpretaba como desprecio. Kosmider necesitaba que Adilé le perdonara. Pero ¿Por qué? ¿Cómo podía saber ella...? O todo formaba parte de sus remordimientos.

Y así, el torbellino de su placer egoísta, del frenesí logrado sobre la tersa piel de la muchacha, volvía contra él como una onda que choca, en forma de soledad, de culpa. Y su conciencia retornaba a la penumbra y la hediondez del cuarto, al precario equilibrio de su vida, a la ingratitud de que ni ella le apreciara. No cabía hacerle promesas, ni

huir, menos aún olvidar. Sí, el olvido se adivinaba como el verdadero paraíso.

El profesor Kosmider no tuvo valor para volver al hotelito donde se alojaba y meterse en el chirriante camastro. Allí le esperaban el insomnio, los muebles carcomidos, la humedad de la buhardilla. Se quedaría otra vez mirando por la ventana, un reino de gatos y tejas mohosas donde el viento silbaba sin compasión y apenas titilaban las farolas ante la hegemonía de la noche. Al profesor le visitarían, en fúnebre procesión, las incertidumbres del exilio, las pequeñas cautelas y traiciones de su miseria, las conjuras del miedo, el vacío que el peligro dejaba en la boca del estómago y la nostalgia por una vida vienesa que nunca volvería.

Esa noche se sentía especialmente abrumado. Por la tarde, la duquesa lo había recibido con cajas destempladas en su palacio del Bósforo. Apenas le habló durante la cena y, cuando cruzaron unas palabras, usó un tono desdeñoso que todos notaron. Ahora la odiaba, o se odiaba a sí mismo por desearla, por necesitar a esa bella caprichosa, pero el destierro es un mal valedor para la dignidad.

Desesperado por olvidarse de todo, decidió espantar a los fantasmas con una de sus caminatas. Las calles de Estambul dormitaban en un desahucio de ceniza. Kosmider cruzó el puente Gálata, donde el aire frío rociaba con una pátina de escarcha el pretil y brillantaba las aceras; dejó a un lado el bazar de las especias con sus olores a herbolario y espliego; esquivó los camiones de basura y las recuas de asnos que nunca faltaban a esas horas, entre obreros que madrugaban, dejando atrás restos de murallas bizantinas que alzaban sus dentelladas de piedra en silvestre abandono. Trató de atender los sonidos roncós del tranvía, las conversaciones en sordina que dejaban los barrenderos soñolientos y los transeúntes. Tras mucho deambular sin rumbo, renegando de los tropiezos del mundo, la profusión de lodazales, la lentitud de la burocracia con los pasaportes, la escasez de dinero que ya parecía congénita, oyó el doloroso

so presentimiento de los gallos. El cielo empezó a vetearse de zafiro y rosa como si lentamente abriera sus fauces para tragarse la ciudad.

Era el año 1943. Un manto de horror y tinieblas ensombrecía Europa. La muerte campeaba a sus anchas y se mondaba los dientes en los campanarios y chimeneas desde un confín hasta el otro del viejo continente, que ardía por los cuatro costados. Sólo algunos países mantenían una cimbreante neutralidad en los márgenes de ese tablero ensangrentado. Entre ellos, Turquía.

Amanecía el 15 de octubre y Estambul emergía de la bruma como un colosal dinosaurio que tomara vapores sobre las colinas. La niebla, que durante la madrugada había tendido un puente entre Asia y Europa, se desvanecía y se veía a las gaviotas lanzarse en picado sobre el largo corredor azul del Bósforo. La luna había cavado un pozo en las nubes y se decoloraba lentamente como un gajo de limón que se secara.

La ciudad, al desperezarse, resbalaba hacia las orillas. Debía ser por el barro que cubría las calles mal pavimentadas. Y ese estremecimiento la hacía crujir con pesadumbre, atrayendo al eco. Los amontonamientos de casas, desteñidas aún por la escasez de luz, los oscuros cipreses, los lomos de las mezquitas, tiritaban porque empezaban a sospechar que tal vez el cielo no los recordaba, que necesitaba volver a divisar todo su perfil para acoger a Estambul de nuevo. Quería renacer un día más esta ciudad nacida para el dominio y por tanto para la esclavitud, boca de lobo, laberinto cuyo dibujo se retorció perpetuamente con fiereza oriental.

Kosmider llegó con el alba a los arrabales del puerto, donde las estrechas calles abrían paso al ancho mar de Mármara, un espejo de verde oliva que se hacía añicos en miles de esquirlas esmeraldas.

Mientras deambulaba entre los aparejos, oliendo el salitre, Kosmider había notado que los operarios de los

muelles dirigían la mirada al horizonte e hizo lo mismo. Entonces vio surgir un velero blanco como la nieve. Un fugaz rayo de sol perforó las nubes que asomaban por oriente y señaló el barco con su glorioso dedo, lo que realzó la blancura del velamen entre las manchas oscuras del mar. La nave atravesaba el laborioso amanecer y se deslizó hasta la dársena, en medio de una bruma que moteaban los pesqueros desperdigados por el mar, que se balanceaban inertes como moscas en una telaraña.

Los estibadores de los muelles estaban habituados a recibir oxidados cargueros y a subir y bajar por sus pasarelas podridas, siempre taciturnos. Su olfato era ya inmune al hedor de las sentinas, del hierro de grúas y cascos en todos los grados de corrosión. Los oscuros barcos crujían con la pesadumbre de quien se sabe condenado a repetir sin fin su itinerario en los mares que espantaba la guerra. En cuanto arribaban a aquellos muelles neutrales, vomitaban su cargamento y sus tripulaciones pependencieras, capaces de maldecir hasta en sueños.

Y de repente, en medio de las maromas, los palets y chapas, inmune a los sinsabores del mundo, veían relucir una goleta de dos mástiles, blanca como la inocencia, deslizándose sobre las olas con la tersura de un sueño juvenil. Sus velas y focos se henchían alegremente con el viento y las jarcias devolvían al alba todo su oro. Sus tripulantes y pasajeros no sumarían veinte personas y llegaban sonriendo, colorados por el mediterráneo, vestidos con ropa clara y deportiva. Sus risas y canciones alborotaban con un último aliento veraniego la melancolía del otoño.

El puerto de Estambul había perdido la costumbre de recibir a gente feliz y muchos sintieron una punzada de nostalgia o envidia, cuando los alegres pasajeros atracaron en el muelle. También el profesor Kosmider necesitaba aquella estampa de seres sanos y sonrió con agradecida incredulidad. Se quedó mirando cómo subía al velero un apabullado funcionario de aduanas y lo recibían cordialmente sus

tripulantes. Luego, todos desembarcaron. El profesor vio acercarse sus rostros juveniles, cuando se encaminaron a los taxis que aguardaban aparcados junto a la acera donde él estaba. Incluso pudo aspirar el perfume de la media docena de chicas que venían entre los pasajeros, todas tocadas con pamelas o gorritos de moda, cuyos vestidos blancos o cremas de muselina y algodón eran adornos de la dicha más que ropa. Con sus risas argentinas, rebosaban una jovialidad que era mejor que la belleza. Las faldas apenas les cubrían las rodillas, lo que detuvo muchos mentones hirsutos y removió los mostachos. Los fornidos muchachos lucían sus tonificados músculos bajo las camisas y ese aire ingenuo, pero vitalísimo, que sólo lograban forjar los equipos deportivos de las universidades de América.

El profesor les oyó hablar en inglés con acento americano, a pesar de que el velero lucía el pabellón portugués. Vio a David Alaya sin conocerlo; a sus ojos sólo era el muchacho más animoso y bullanguero del grupo. Aún no podía saber el futuro que les aguardaba. Como la carne no sabe dónde se abrirá la herida.

Los jóvenes se repartieron en tres taxis para dirigirse con gran jolgorio al Hotel Imperial. Los taxistas entendieron las instrucciones, habituados a usar una especie de lengua franca con los extranjeros, un inglés macarrónico que oscilaba entre la exactitud del diccionario y la pura mímica, donde siempre afloraba la buena voluntad de los nativos.

El profesor lamentó perder de vista aquella visión idílica que por un momento le hizo olvidar sus preocupaciones. En cuanto se libró de su hechizo, el sentido común vino a sus labios con una conclusión.

—Cómo se les ocurre venir aquí. Qué inconsciencia suicida.

Si hubiera tenido que escribir una de esas novelas policíacas con las que malvivía, le habría gustado comenzar con esta imagen acuática. El agua se aviene bien con el misterio de la vida, las dos tratan de llenar algo, buscan un senti-

do, aunque Kosmider no podía asegurar que lo tuviera. En realidad, odiaba escribir novelas. Hubiera preferido contar su vida, una existencia mejor que la que llevaba, pero al no alcanzarla se quedaba con estas migajas de su fantasía. Buscaba máscaras para soñarse triunfador; lo demás ya era accesorio, salvar a la chica, castigar al malo, o destruir al bueno (dependía de la verosimilitud que quisiera darle al argumento).

Pero ay, sólo tenía eso, anhelos, secretos inconfesables y un paraguas torcido cuya punta clavaba en un resquicio de la acera mal empedrada, en una fangosa ciudad extranjera. De nuevo lo sacudió el frío de la gris realidad, la luz que se deshacía en polvo y amenazaba con disolver en átomos el universo, y el profesor comenzó a desandar sus pasos, preguntándose qué había traído a esos jóvenes desde Portugal, atravesando un mar amenazado.

Otra vez se sentía desesperado, sin un céntimo en los bolsillos, y la llamada monótona de los almuédanos cayó en su ánimo como un presentimiento de peligro.

2

Los galantes suicidas

El velero blanco permaneció amarrado en el embarcadero dos días, pero al rayar el alba del tercero, sus cuatro marineros portugueses soltaron amarras y zarparon. De nuevo se deslizó por las celestes manchas de Mármara, cuyas olas se rizaron para paladear su dorado nombre, Saudade.

Los bulliciosos pasajeros que habían llegado con él, en cambio, quedaron en tierra y dedicaron una semana a revolver las suites de la cuarta planta del hotel Imperial. Hicieron girar a todo volumen las gramolas, desempolvaron las cartas de menú de los restaurantes más recoletos, descorcharon champán del caro, subieron a coches de caballos, pidieron conferencias con Europa y América, dieron alas a los botones y limpiabotas, prodigaron propinas, desentumecieron a las bailarinas gitanas de los garitos de Gálata y más de un amanecer los encontró cruzando en vaporcitos el Bósforo, hacia donde dormitaba el barrio asiático de Escudari.

Sus largas excursiones pusieron a prueba todos los resortes de fascinación que Estambul podía desplegar. Se les vio corretear un crepúsculo por el palacio del serrallo de Topkapi, cuando el silencio de la noche dejaba a sus voces el trabajo de resolver adivinanzas entre las columnas que habían acogido a concubinas y eunucos. Regatearon y porfiaron con los vendedores del Gran Bazar, rodeados por un

mar de aromas y colores. Enmudecieron en el solemne subterráneo del aljibe de la Basílica, donde jugaron al escondite en su bosque de columnas. Alzaron los ojos extasiados ante el alto caparazón de Santa Sofía, asediado por el polvo solar: se enamoraron de sus ábsides y exedras donde dormitaban los ángeles, del puro anhelo de sus minaretes.

El alma de la fiesta, quien emprendía todas las excursiones e ideaba sus locuras, era David Alaya. A él se le había ocurrido emprender aquella travesía en velero a Estambul, convirtiendo así las mondas vacaciones que pasaban en la Costa Azul de Francia en una aventura.

David Alaya era español, pero había huido de la guerra civil a los dieciocho años, en circunstancias que nunca explicó. Simplemente, un día de 1.938, apareció en la universidad de Maryland, con una beca de estudios. Después se supo que había traído algunas perlas de misterioso origen, cosidas bajo un forro del abrigo. Con ellas sufragó los gastos imponderables. Nadie podría decir cómo entró en el grupo más exclusivo y elitista de los estudiantes, el que congregaba a las mejores familias, pero tal vez influyó su buen humor y que era un esforzado deportista. Jugaba en el grupo de rugby y se convirtió en su estrella, pero además sabía bromear con los demás muchachos y crear un ambiente de camaradería que de otra forma aquellos austeros protestantes no habrían probado. Su presencia relajaba las reuniones y pronto David se hizo imprescindible para cualquier excursión, acampada o fiesta. De ese modo, se convirtió en el invitado obligado de los bailes elegantes que se celebraban en las mansiones de la costa este, puritanas ellas, supliendo con su regocijo el rigor de la etiqueta y ese íntimo malestar de los poderosos consigo mismos.

Pero incluso entonces, desde el principio, David resultó un espíritu inquieto, un acertijo para sus amigos. Por más que fuera el alma de sus francachelas, compartiera sus inquietudes y admirase los logros del gran país, aunque fuera el más reclamado en los bailes y en las competiciones de-

portivas, siempre dejaba un área en sombra de sí mismo, nunca relataba nada de su familia o España, como si su sola mención le doliera y le hiciera enmudecer. Sus camaradas aprendieron a evitar el espinoso tema y se limitaban a conjeturar en su ausencia las calamidades que debía haber sufrido en su país. Todas las chicas que se enamoraban de él, incluso sus simples amigas, trataron de sonsacarle sus recuerdos en alguna ocasión, pero David andaba tan fascinado por el inmenso mundo americano, o eso fingía, que siempre hallaba otros temas que explorar y comentar, eludiendo las preguntas.

Además, la guerra terminó en España y pronto comenzó otra a escala tan enorme que las cicatrices de David Alaya se diluyeron en el gigantesco drama. Había elegido estudiar periodismo y al cuarto año de estancia en Norteamérica se marchó a Nueva York para buscar trabajo, lo que le distanció de forma casi inexorable de su pandilla universitaria. Porque sus amigos se quedaron en Maryland. A ellos les tocaba heredar los emporios de sus padres y para eso habían cursado sus estudios. Eran tan convencionales en estos asuntos como en sus relaciones, pues se emparejaban, con vistas al matrimonio, por familias. Como dijo David una vez, el amor se duerme con un nombre, pero el matrimonio despierta con los apellidos.

De modo que, sin saber mucho más del muchacho, el verano del año 43 encontró a todo el grupo de herederos tomando limonada y whisky en el porche de una villa campestre del propio estado de Maryland, donde se criaban purasangres. Era una hermosa casa de madera con tejado a dos aguas, y en ese porche de columnas holgazaneaban los podencos, ante una hermosa vista a una colina salpicada de arces que descendía virtuosamente hasta un arroyuelo. La valla se pintaba de blanco cada año y su cocinera elaboraba un pastel de manzana que perfumaba toda la planta baja.

La finca estaba situada en un condado cuyo nombre se recuerda porque acoge un pozo en el que Jorge Washington dio de beber a sus caballos en su camino hacia la Independencia. Reconforta que se rememoren estos hechos y uno siente prender su ardor patriótico al apreciar el entusiasmo con que los libertadores abrevaban a sus cabalgaduras y señalaban el lugar para la conmemoración oportuna. Sin duda, la victoria tuvo mucho que ver con ese ímpetu para hacer beber a las bestias. Al contrario que el enemigo inglés, que no dejó rastro alguno de haber dado un mal trago a sus acémilas. De más está decir que merecieron la derrota, visto el maltrato y mezquindad con que atendían a sus cuadrúpedos. Nadie dudaba de que efectivamente Jorge Washington se había detenido en la localidad, pues era de dominio público que el Fundador de la libertad no sabía mentir. Por suerte, ese defecto de la educación antigua lo había superado triunfalmente la docencia norteamericana.

Abandonada a su suerte por David, la pandilla se aburría. Con sus carreras recién terminadas o a punto de estarlo, no sabían cómo encauzar todo su entusiasmo juvenil en las vacaciones, que se les antojaban, más que largas, interminables. Alguien, tal vez Henry, el musculoso jugador de polo, o Amanda, la pizpireta chica que mejor bailaba, sugirió veranear en la Riviera francesa, en Niza o Cannes. Lo pintó como el lugar perfecto para despedir sus vidas universitarias, un colofón variopinto y extravagante con el que decir adiós a la dulce inconsciencia que habían saboreado, antes de enterrarse para siempre —y en esto había unanimidad— en los negocios familiares y las responsabilidades de los adultos. ¿Qué mejor despedida de sus juergas que una última, la más exuberante?

Trataron de contactar con David Alaya para invitarlo, pero no lo hallaron, de manera que se resignaron a tomar el avión hacia Marsella sin él. Pero la Costa Azul supuso pronto una decepción. El sur de la Francia que no habían